

era considerable, no inspiraban recelos á los habitantes de la isla; pero el mal era inmenso cuando los negros fugados llegaban á formar un grupo considerable. Esta era precisamente la situacion en que se hallaban los holandeses de Surinam, viéndose á cada paso amenazados de alguna funesta irrupcion, por el considerable número de esclavos que andaban errantes por los bosques.

Para librar á la Cayena de semejante desgracia, así que el gobernador de la Guyana francesa supo que habia unos setenta de estos desgraciados reunidos á diez ó doce leguas de la poblacion, envió contra ellos un numeroso destacamento compuesto de tropas regulares y de milicianos. Mas todas las precauciones y medidas que emplearon, no produjeron ningun buen resultado, ni pudieron cojer mas que á tres ó cuatro negros *marrones*, de los cuales uno fué muerto por haber intentado fugar despues de haber caido prisionero. Al regreso del destacamento, habiendo sabido el gobernador por los prisioneros el número de los fugitivos, sus diversas guaridas y todas las diligencias que practicaban para aumentar su número, se disponia á enviar otro nuevo destacamento, cuando los misioneros creyeron que solo á su ministerio incumbia el volver á traer aquellas descarriadas ovejas al redil. Varias eran las razones que les movian á emprender esta buena obra. En primer lugar salvaban la vida del cuerpo y la del alma á cuantos hubieran podido ser muertos en los bosques, porque apenas habia esperanza de salvacion para un negro que moria en el *marronage*. Además evitaban gastos considerables á la colonia y á las tropas una penosa fatiga. Por otra parte, si los misioneros salian bien de su proyecto, serian causa de que volviesen á los talleres de los colonos un número considerable de esclavos, cuya falta habia paralizado los trabajos. Mas estas razones, por sólidas que pareciesen, no fueron por de pronto aprobadas: esta especie de mediacion parecia un re-

curso demasiado suave para ser empleado con unos miserables, de los cuales habia algunos que andaban fugitivos hacia mas de veinte años y se hallaban acusados de varios crímenes; además, los que se oponian al proyecto, decian que los negros al ver se les enviaban misioneros, quizás pensarian haberse hecho temibles á los franceses. Finalmente, despues de tres días de deliberacion fué aprobado el proyecto, y la Providencia permitió que el P. Fauque fuese el elegido para hacer aquel viaje.

Sus amigos, que consideraban este asunto bajo un punto de vista demasiado humano, apenas supieron que estaba aprobado, cuando hicieron los mayores esfuerzos para apartarle de él. «¿Qué vais á hacer en los bosques?, le decian unos: infaliblemente perecereis en ellos ó de cansancio ó de miseria.—Esos miserables negros, decian otros, pensarán que les vais á engañar, y os jugarán una mala pasada.» Representábanle tambien que podia caer en algun lazo, porque efectivamente los negros *marrones* tenian la costumbre de cabar fosos profundos en medio de las sendas, cubriéndolos tan diestramente con follage que apenas era posible distinguirlos, y el que desgraciadamente caia en ellos quedaba clavado en las estacas puntiagudas de que la parte interior de los fosos estaba erizada. «Vais, le decian al Padre los menos recelosos, á malgastar tiempo y trabajo: estad persuadido que no atraereis ni uno solo: están demasiado acostumbrados á vivir en libertad para que puedan volver á someterse á la esclavitud.» Tales razones no debian causar gran impresion en unos misioneros, que solo por granjear almas á Dios habian abandonado sus bienes, parientes, amigos y patria, aventurándose á todos los peligros de una larga navegacion: por muy dichosos se reputaban si al fin podian dar su vida por la gloria de su divino Maestro, que fué el primero en sacrificar la suya en provecho nuestro. Partió, pues, el P. Fauque con cuatro esclavos de la casa y un negro li-

bre que habia sido del destacamento, y le acompañaba en calidad de guia. Eran necesarias todas estas personas para llevar la capilla portátil y las vituallas necesarias para el viaje.

La divina Providencia, que le guiaba y velaba por él, permitió que despues de haber atravesado no pocos valles y montañas, llegase al fin al término de su viaje. Ya no podia dudar que desde la orilla del bosque los *marrones* le veian y oian. Bajo este concepto, les gritó con cuanta fuerza le fué posible, que no tuviesen recelo de llegarse á él con toda seguridad; que habia conseguido su perdon absoluto, y que como su estado de religioso le impedía contribuir á la muerte de nadie, ni directa ni indirectamente, estuviesen seguros que no habia venido á buscarlos para entregarlos á la justicia; que bien veian que tanto él como sus cinco compañeros desarmados estaban enteramente á su disposicion, pues además de estar ellos armados, les escedian desproporcionadamente en el número. «Acordaos, mis queridos hijos, les decia, que aunque seais esclavos, sois sin embargo tan cristianos como vuestros mismos amos; que al recibir el bautismo profesasteis la misma Religion que ellos, segun la cual, ya lo sabeis, el que no vive cristianamente, cae despues de la muerte en el infierno. ¡Qué desgracia para vosotros si despues de haber sido esclavos de los hombres temporalmente en este mundo,uviéseis que serlo del demonio por toda una eternidad! Y esta desgracia os sucederá irremisiblemente si no tratais de volver á vuestro deber, porque en la actualidad estais viviendo en un estado de condenacion; pues dejando á parte el daño que irrogais á vuestros amos, privándoos de vuestro trabajo, ni podeis oír misa los días festivos, ni os acercais á recibir los santos sacramentos, y vivis en un torpe amancebamiento, por no haber sido casados por vuestros legítimos pastores. Llegaos, pues, á mí, queridos

amigos, venid sin recelo alguno, tened compasion de vuestra propia alma, de esa alma que tan cara le ha costado á Jesucristo..... Dadme la satisfaccion de poder volveros á Cayena: recompensadme de ese modo las molestias que por vosotros he sufrido: acercaos á hablarme, y si no os satisfacen las seguridades de perdon que puedo ofrecer, volvereis á quedaros en vuestras moradas, pues yo no puedo llevaros á la fuerza.» Finalmente, viendo el P. Fauque que despues de haber agotado todo lo que el celo y la caridad le inspiraban en aquel momento, ninguno de aquellos miserables se presentaba, quiso por lo menos, antes de partir, dejar un monumento nada equívoco de su viaje, mandando levantar en aquel sitio una cruz de cierta madera muy dura. Esta cruz, como luego diremos, sirvió para hacerle salir airoso de su empresa, porque así que los negros *marrones* la vieron, se apresuraron á venir á orar ante ella, pues aun en medio de su libertinage no habian perdido la costumbre (cosa que pareceria difícil de creer) de rezar sus oraciones por la mañana y por la noche. Hay que advertir que tambien bautizaban á los niños que nacian entre ellos, y cuidaban de instruirlos en los principios de la fé segun sus propios alcances.

Habiéndose aproximado el P. Fauque á algunas habitaciones, dió principio á las *Pascuas de los esclavos* de la barriada, es decir, recorrió las diversas alquerías para confesar á los que estaban bautizados, é instruir á los que aún eran infieles. Los misioneros acostumbraban hacer esta piadosa diligencia, visitando por lo menos una vez cada año todos los colonos de sus parroquias, por distantes que estuvieran, y habia algunas que tenian quince leguas de estension; apenas podia calcularse el bien que con esta clase de escursiones podia hacerse algunas veces, y que realmente se hacia. El misionero que se encargaba de esta buena obra, restablecia la paz en las familias desunidas,

terminando sus pequeñas desavenencias; celebraba casamientos para poner un término á los tratos ilícitos á que los esclavos son bastante propensos; procuraba dulcificar las penalidades anejas al estado de esclavitud, haciéndoselo considerar bajo el punto de vista de la Religión; tomaba un exacto conocimiento de su instruccion actual, para preparar poco á poco para la Comunión á los que consideraba capaces de ella (se acostumbraba permitir á muy pocos negros acercarse á la sagrada mesa, porque la esperiencia habia demostrado cuán indignos eran de ella). Representaba prudentemente á los dueños las faltas en que algunas veces caian respecto de sus esclavos, sea no velando convenientemente sobre su conducta espiritual, sea sobrecargándolos de trabajos escesivos, sea en fin no dándoles lo necesario para su alimento y vestido, con arreglo á lo tan sábiamente prevenido por Reales órdenes. Finalmente, hacia otras mil cosas de esta naturaleza, que estaban en el círculo de su ministerio, encaminadas todas igualmente á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Era verdaderamente muy penoso hacer en un pais como la Guyana semejantes correrías, pues estando en el campo, no hay mas alternativa que sufrir los rayos de un sol abrasador, ó la impetuosidad de las lluvias; pero ¿de qué no será capaz un depurado y ardiente celo, y qué obstáculos serán los que no pueda superar? Sin embargo, no por estar ocupado en esta buena obra se olvidaba el P. Fauque del principal objeto de su viaje. Tenia buen cuidado de decir á los negros, que si por casualidad veian á alguno de sus compañeros fugitivos, les asegurasen de que aun cuando no habian querido hablar con él en el bosque, habia logrado que se prorogase el indulto; pero que si en el término de un mes no regresaban, no tenian ya que pensar en gracia ni perdon, sino que estuviesen bien seguros de que se les perseguiria sin tregua hasta conseguir su esterminio.

Por último, concluida su mision y despues

de haber recorrido todas las habitaciones de las cercanías, el P. Fauque se habia embarcado para regresar á Cayena, cuando vió venir á él una barquilla conducida á remo por dos jóvenes negros portadores de una carta del ecónomo de un ingenio de azúcar inmediato, diciendo que los negros fugitivos habian llegado á aquel establecimiento y preguntaban con las mayores instancias por el misionero. Pero aun fué mas viva la instancia con que este corrió á verse con ellos, y se encontró con unos veinte, que le aseguraron que sus compañeros no tardarian en venir, pues ya se habian puestas en camino. Despues de haber derramado algunas lágrimas de alegría sobre aquellas ovejas que despues de haber andado tanto tiempo estraviadas volvian á entrar en el redil, el Padre les echó en cara el no haber querido hablar con él cuando se les presentó en el bosque. Respondieron constantemente que habian tenido miedo de que hubiera algun destacamento oculto para prenderlos; pero que al ver enarbolado el signo de nuestra redencion, no habian podido menos de creer que al fin era llegado el tiempo de alcanzar gracia, tanto para su alma, como para su cuerpo. Poco á poco fueron reuniéndose hasta unos cincuenta, con los cuales regresó el misionero á Cayena. Las calles de esta poblacion se llenaron de gente para verlos pasar. Los propietarios se felicitaban entre sí por haber recobrado sus esclavos, y hasta los mismos negros se congratulaban en volver á ver uno á su padre, otro á su hermano ó á su hijo, de los que ya se creian separados para siempre. Lo que mas llamaba la atencion era un grupo de jóvenes de ambos sexos que habian nacido en los bosques y que como nunca habian visto personas blancas ni casas de construccion á la europea, no se cansaban de mirarlas manifestando á su modo su admiracion. El Padre condujo por de pronto su pequeño rebaño al templo en el que habia una gran reunion con motivo de ser la fiesta de San Francisco Ja-

vier, y acabó de llenarse completamente con el gentío que tras él venia. El Padre principió por hacer que aquellos pobres miserables diesen una satisfaccion pública, primero á Dios, cuyo servicio habian abandonado por tanto tiempo; despues á sus amos y á los colonos cuyos intereses habian perjudicado; y últimamente, á sus compañeros por el mal ejemplo que les habian dado con su fuga, con sus ra-

piñas, etc. En seguida se celebró una misa en accion de gracias, á la que asistieron con tanto placer y devocion, como que algunos de ellos hacia quince ó veinte años que no la habian oido. Despues de concluida, los presentó el Padre al gobernador, el cual les confirmó el perdon que el misionero les habia prometido en su nombre, y en seguida pasaron al dominio de sus primitivos amos.

## LIBRO OCTAVO.

(NONAGÉSIMO TERCERO.)

### Desde la hula APOSTOLICUM en 1765, hasta la muerte de Clemente XIII en 1769.

MIENTRAS que algunos santos sacerdotes ilustraban los paises de mision con las luces de la fé, y los edificaban con el ejemplo de sus virtudes, la antigua Europa, cuna de la civilizacion, y teatro á un mismo tiempo de todas las locuras y depravaciones, tampoco carecia de enseñanza, ni de buenos modelos. Los Pontífices romanos, al inscribir solemnemente en el catálogo de los Santos los nombres de aquellos heróicos cristianos que no habian abandonado la tierra mas que para ocupar un trono en los cielos, proponian su vida como modelo á los vivientes, y la Providencia incansable en sus dones hacia brotar á cada instante flores místicas cuyo esplendor y perfumes llenaban la vasta estension de la Iglesia de Dios.

Benedicto XIII, á cuyo Pontificado nos

vemos en la precision de retroceder para anudar el hilo de estas solemnes declaraciones, habia declarado en 7 de agosto de 1726 bienaventurado ó beato á Jacinto Mariscotti, de la órden tercera de San Francisco. Tambien en los días 10, 27 y 31 de diciembre del mismo año canonizó con las ceremonias de costumbre á ocho beatos, á saber: Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, en el Perú; Jacobo de la Marca, religioso de los frailes menores de la Observancia; Inés de Montepulciano, ferviente religiosa; Francisco Solano, fraile menor de la observancia; Pelegrin Latiozi, de la órden de Servitas; Juan de la Cruz, que ayudó á Santa Teresa en la fundacion de su órden; Luis Gonzaga y Estanislao de Kotska, de la Compañía de Jesus. El mismo Pontífice permitió en 14 de mayo de 1728